



### CAPÍTULO V

**Los moabitas y los ammonitas perdonados.—Conquista y distribución del país de los amonheos y de Basan.—Balac y Balaam.—Predicciones de este y su cumplimiento.—Sus detestables consejos.—Prevaricación del pueblo con las hijas de Madian.—Bella acción de Fineés.—Venganza divina.—Nuevo empadronamiento militar.—Destrucción de los madianitas.—Josué, sucesor de Moisés.—Exhortación al pueblo y á Josué.—Predicciones; promesas.—Cántico, muerte y elogio de Moisés**

Quando los hijos de Israel llegaron á los confines de Moab, el Eterno dijo á Moisés: «No pelees contra los moabitas, y no les provoques al combate; porque yo no te daré nada de su país, puesto que he entregado á Ar en posesión á los hijos de Lot.» Algunos días despues de esto, prohibe tambien lo mismo respecto al súbdito de los ammonitas (1).

Prosiguiendo su marcha, el pueblo llegó al pozo, en el cual el Eterno habló á Moisés: «Junta el pueblo y le daré agua.» Entonces Israel cantó este cántico: «Suba el agua desde lo profundo de este pozo de perennes aguas, que nos mostró Moisés, y que cavaron y prepararon los príncipes y caudillos del pueblo, valiéndose para esto de sus báculos (2).

Más lejos enviaron mensajeros á Sehon, rey de los amorreos, pidiéndole libre paso, como lo habian hecho con el de Edom. Los amorreos descendian de Amori, cuarto hijo de Canaan. Sehon rehusó; reúne todo su pueblo, marcha contra Israel, le presenta batalla y fué vencido. Israel conquistó su territorio, que se extiende desde el torrente Arnon hasta el rio Jeboc; tomó á Hesebon, la capital, así como todas sus hijas, es decir, todas las demás ciudades que de ella dependian. El Eterno habia dicho á Moisés: «Levantaos y pasad el torrente de Arnon. Hé aquí que he entregado en tu mano á Sehon, rey de Hesebon, de los amorreos, y su tierra.

(1) Deut., 2, 9, 19.  
(2) Núms. 21, 16 y 18.



muy considerable parte de su país, debian mirar como invencible á un ejército que habia vencido á este mismo Sehon, y con su reino, conquistado tambien el fértil reino de Baran. A la verdad, ni los moabitas, ni los ammonitas tenian que temer la triste suerte de los amorreos. Segun hemos visto ya, cuando los hijos de Israel llegaron á las fronteras de los edomitas, Dios les habia prohibido conquistar la Idumea, porque la habia dado á Esau, así como combatir ó provocar á los moabitas y á los ammonitas, porque les habia dado sus tierras como á los hijos de Lot. Pero Balac, rey de los moabitas, no se fiaba de esto. Sintiendo muy débil para resistir abiertamente, recurrió á medios sobrenaturales; esperaba que maldiciendo á sus enemigos por boca de un hombre que gozaba de una gran reputación por sus ciencias secretas, podría, si no garantizarle de la guerra, al ménos preservarle de una completa derrota.

Envió, pues, mensajeros á Balaam, que moraba en Mesopotamia sobre el Eufrates: «Mira que ha salido de Egipto un pueblo que ha cubierto la superficie de la tierra, y ha acampado frente á frente de mí. Ven, pues, y maldice á este pueblo, porque es más fuerte que yo; por si puedo de algun modo herirle y echarle de mi tierra, porque sé que será bendito aquel á quien tú bendijeres, y maldito aquel sobre quien descargares tus maldiciones. A los enviados de Balac, que eran príncipes de los moabitas, se unieron los ancianos del país de Madian. La embajada llevaba consigo el precio de la adivinación; cuando expuso su mensaje, Balaam respondió: «Permaneced aquí esta noche, y os responderé todo lo que el Eterno me dijere.» Los príncipes de Moab permanecieron con él. Pero Dios le dijo: «No vayas con ellos ni maldigas á ese pueblo, porque tiene mi bendición. Balaam, levantándose al amanecer, dijo á los príncipes de Balac: «Id á vuestra tierra, porque Jehová no me permite ir con vosotros.»

Quando los diputados llevaron al rey esta respuesta, volvió á enviar otros en mayor número y más distinguidos, con presentes todavía más considerables, únicamente por si quería ir y maldecir á aquel pueblo. Pero Balaam respondió: «Aun cuando Balac me diera su pa-

(1) Deut., 2, 24 y 25.  
(2) Núms. 21, 32.

lacio lleno de oro y de plata, no podría cambiar la palabra de Jehová, mi Dios, para decir ni más ni ménos. Ruégoos que os quedeis tambien aquí esta noche, á fin de que podáis saber lo que el Eterno me responda de nuevo.» Vino, pues, Dios á Balaam de noche, y le dijo: «Si esos hombres han venido á llamarte, levántate y ve con ellos; no hagas sin embargo más que lo que yo te dijere.» Balaam se levantó de mañana, y habiendo aparejado su borrica, marchó con ellos. Mas la cólera de Dios se inflamó, porque huía de él. Dios ve el fondo de los corazones; el de Balaam, ciego por los honores y los presentes, ocultaba sin duda algun desigmo péfido. Y un ángel del Señor se apareció en el camino para oponerse á Balaam, que iba sentado sobre su borrica, teniendo dos mozos detrás de él. Y la borrica vió al ángel del Eterno delante en el camino, con una espada desnuda en la mano, y se desvió de él y corrió á través de los campos. Y como Balaam la golpease para conducirla al camino, el ángel del Eterno se colocó en un sendero entre dos vallados é hirió el pié de Balaam; por lo cual la castigó de nuevo. El ángel, yendo más lejos, se colocó en un lugar estrecho, en donde no se podia ir ni á la derecha ni á la izquierda. Y la borrica, viendo al ángel delante de ella, cayó sobre los piés de Balaam; el cual, lleno de cólera, la apaleó más rícidamente. Entonces el Eterno abrió la boca de la borrica, y habló: «¿Qué te he hecho? ¿Por qué me hieres por tercera vez?» Balaam respondió: «Porque lo has merecido y te has burlado de mí. ¡Ojalá tuviera una espada para herirte!» Dijo la borrica: «Por ventura, ¿no soy tu bestia sobre la cual has solido ir siempre montado hasta el día de hoy? Dime si yo jamás he hecho tal cosa.» Y él dijo: «Nunca.» En el punto mismo abrió el Señor los ojos de Balaam, y vió al ángel parado en el camino con la espada desenvainada, y adoróle postrado en tierra; y el ángel del Eterno le dijo: «¿Por qué castigas tercera vez á tu borrica? Yo he venido para oponerme á ti, por cuanto tu camino es perverso y contrario á mí. Y si la borrica no se hubiera desviado del camino, cediendo el lugar al que se le oponia, yo te hubiera muerto, y ella viviria.»



Dijo Balaam: «He pecado, no sabiendo que tú estabas contra mí; y ahora, si te desagrada que vaya, me volveré.» Dijo el ángel: «Ve con esos, y guárdate de hablar otra cosa que lo que yo te mandare.» Y así se fué con los príncipes de Moab.

— Cuando Balac supo que Balaam llegaba, salió á su encuentro hasta una ciudad de los moabitas, que está situada en los últimos confines del Arnon, y dijo á Balaam: «He enviado mensajeros para llamarte; ¿por qué no has venido á mí al instante? ¿acaso por que no puedo recompensar tu llegada?» Balaam le respondió: «Héme aquí presente: ¿Podré yo decir otra cosa que lo que Dios pusiese en mi boca?» Caminaron, pues, juntos y vinieron á la ciudad, que estaba en los últimos términos de su reino. Y Balac, habiendo hecho matar bueyes y ovejas, envió presentes á Balaam y á los príncipes que estaban con él. Y llegada que fué la mañana, le llevó á los altos de Baal y vió la última parte del campamento de Israel (1).

Y Balaam dijo á Balac: «Edificame aquí siete altares, y prepara otros tantos becerros y carneros del mismo número.»

Y Balac, habiendo hecho todo segun la palabra de Balaam, colocaron sobre cada altar un becerro y un carnero. Y Balaam dijo á Balac: «Estate un poco junto á tu holocausto mientras que voy á ver si quizá el Señor viene á mi encuentro, y te diré todo lo que mandare.» Y habiendo ido prontamente, vino Dios á su encuentro. Y hablándole Balaam: «Siete altares, dijo, he erigido, y he puestó encima un becerro y un carnero.» Pero el Señor puso palabra en su boca, y dijo: «Vuélvete á Balac y dirás estas cosas.» Habiendo vuelto, halló á Balac que estaba junto á un holocausto, y á todos los príncipes de los moabitas. Y comenzó á hablar en parábolas, y dijo: «De Aram me ha traído Balac, rey de los moabitas, de los montes altos del Oriente: Ven, dijo, y maldice á Jacob; date prisa, y detesta á Israel.» «¿Cómo maldeciré á quien Dios no maldijo? ¿Cómo he de detestar á quien el Señor no detesta? Desde los más altos pedernales lo veré, y desde los collados lo con-

(1) Núms. 22.

templaré. Este pueblo habitará solo y no se confundirá con las naciones. ¿Quién podrá contar el polvo de Jacob y saber el número de la estirpe de Israel? Muera mi alma de la muerte de los justos y mis postrimerias sean semejantes á estos.»

Entonces dijo Balac á Balaam: «¿Qué es lo que haces? Te he llamado para que maldijeras á mis enemigos, y tú, al contrario, los bendices.» Y él respondió: «¿Puedo yo hablar otra cosa que lo que el Eterno me pone en la boca?» Balac dijo, pues: «Ven conmigo á otro lugar donde veas una parte de Israel, y no puedas verle todo; maldícele desde allí.» Y habiéndole llevado á un lugar alto sobre la cima del monte Fagga, edificó Balaam siete altares, y habiendo puesto encima un becerro y un carnero, dijo á Balac: «Estate aquí junto á tu holocausto mientras que yo voy al encuentro del Señor.» Y el Eterno vino al encuentro de Balaam, y habiendo puesto palabra en su boca, le dijo: «Vuélvete á Balac y le dirás estas cosas.» Volviéndose, le halló de pié junto á su holocausto y á los príncipes de los moabitas con él. Y Balac le preguntó: «¿Qué te ha dicho el Señor?» Y él comenzó su parábola y dijo: «Levántate, Balac, y escucha: oye, hijo de Lefor, no es Dios como el hombre para que mienta; ni como el hijo del hombre para que se mude. Dijo pues, ¿y no lo hará? Habló, ¿y no lo cumplirá? He sido traído para bendecir; él ha bendecido y yo no puedo estorbar la bendición. No hay ídolo en Jacob ni se ve simulacro en Israel. (De otra manera: no se ve desgracia para Jacob, no se descubre aflicción para Israel.) Jehová, su Dios, está con él, y tiene en medio de él su real residencia. Este Dios es el que les ha sacado de Egipto; su fuerza es la del rinoceronte. No hay agüero contra Jacob, ni adivinacion contra Israel. En su tiempo se dirá á Jacob y á Israel lo que Dios obró. Hé aquí el pueblo que como leona se levantará, y como leon se alzaré; no se echará hasta que devore la presa y beba la sangre de los muertos.»

Entonces Balac dijo á Balaam: «Ni le maldigas, ni le bendigas.» Balaam replicó: «¿No te dije que todo lo que el Señor me mandara, esto haria?» Y Balac le dijo: «Ven, y te llevaré á otro lugar; por si pluguiere á Dios que



desde allí los maldigas.» Y le condujo á la cima del monte Fogor, que mira al desierto. Y Balaam dijo á Balac: «Edificame aquí siete altares, y prepara otros tantos becerros é igual número de carneros.» Balac ejecutó lo que Balaam le habia dicho, y colocó un becerro y carnero sobre cada altar (1).

Cuando Balaam vió que el Eterno queria que bendijera á Israel, no fué como antes habia ido á buscar el agüero, sino que, dirigiendo su rostro del lado del desierto y alzando los ojos, vió á Israel en sus tiendas por sus tribus; y echándose sobre él el espíritu de Dios, comenzó su parábola: «Balaam, hijo de Beor, dijo el hombre cuyo ojo está tapado; dijo el que oyó las palabras de Dios, el que vió la vision del Todopoderoso, el que cae y así son abiertos sus ojos: «¿Cuán hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel! Como valles con bosques, como huertas de regadío junto á los rios, como tiendas que fijó el Señor, como cedros cerca de las aguas. Correrá el agua cerca de su arcabuz, y su descendencia será en muchas aguas. Será ensalzado su rey por Agag, y será quitado el reino de él. Dios le sacó de Egipto, cuya fortaleza es semejante al rinoceronte. Devorarán á los pueblos que le hacen la guerra, les quebrantarán sus huesos y les atravesarán con saetas. Se acuesta para dormir como leon y como leona, á quien ninguno osará despertar. Bendito será el que te bendijere; maldito el que te maldiga.»

Y Balac, irritado contra Balaam, palmeando mano con mano, le dijo: «Te he llamado para maldecir á mis enemigos, á los que por el contrario has bendecido ya por tres veces. Vuélvete á tu lugar. Habia en verdad resuelto honrarte grandiosamente, mas el Señor te ha privado de la honra prevenida.» Respondió Balaam á Balac: «¿Pues no dije á los mensajeros que me enviaste: Aun cuando Balac me diera su casa llena de plata y de oro, no podré traspasar la palabra del Señor mi Dios, para proferir por mi capricho ni bien ni mal segun mi corazon? Todo lo que dijere Jehová, yo lo diré. Esto sin embargo, antes de partir te daré un consejo de

(1) Núms., 23.

lo que tu pueblo puede hacer por último contra Israel, para que el Señor le abandone y se retire de él.» Y volviendo á comenzar su parábola, dijo: «Así habla Balaam, hijo de Beor; así habla el hombre cuyos ojos están cerrados; así habla el que oye las palabras de Dios, el que sabe la doctrina del Altísimo, y ve las visiones del Omnipotente, el que cayendo tiene los ojos abiertos. Le veré, mas no ahora; le miraré, mas no de cerca. De Jacob *nacerá una estrella*, y de Israel se levantará una vara y herirá á los caudillos de Moab, y destruirá á todos los hijos de Seth. Edom será su herencia, Seir caerá bajo el poder de sus enemigos, Israel extenderá sus conquistas. De Jacob saldrá el dominador y destruirá los restos de la ciudad.» Y viendo á Amalec, Balaam dijo: «Amalec es el primero de los pueblos, su porvenir es: exterminio.» Vió tambien á los cineos, y dijo: «Vuestras moradas fuertes son en verdad; habeis establecido vuestras habitaciones sobre la cima de las rocas. Cin, sin embargo, será destruida cuando el asirio os lleve cautivos.» Por último, añadió: «¡Ay! ¿quién vivirá cuando Dios hará estas cosas? Vendrán en galeras desde Italia, vencerán á los asirios y destruirán á los hebreos, y por último, ellos mismos tambien perecerán.» Y Balaam se levantó y se volvió á su morada: Balac tambien se fué por el mismo camino que habia venido (1).

Estas predicciones de Balaam se han cumplido desde la primera hasta la última. Alejandro de Macedonia, despues de él los romanos, saliendo de la tierra de Cethim (2), subyugan el país de Assur y de Heber, despues perecen tambien ellos mismos. Los cineos son llevados cautivos por Salmanasar. Amalec es destruido por Saul; David somete á Edóm y á Moab. En fin, la estrella de Jacob conduce hasta el pié de la gruta de Bethlehem á los magos del Oriente; el dominador recién nacido cumplió de una manera más sublime todavia las predicciones de poder y de gloria.

Mientras que el pueblo de Israel acampaba en la llanura de Sethim, cerca del Jordan, mu-

(1) Núms., 24.

(2) Mach., 1.



chos se dejaron arrastrar por la fornicación con las hijas de Moab y de Madian. Era esta una seducción sugerida por Balaam. No habiendo podido maldecir al pueblo de Dios, aconsejó corromperle. Balac siguió esta infernal política. Las más seductoras mujeres por su belleza invitaban á los israelitas á las fiestas y á los festines que ellas celebraban en honor de un ídolo de la voluptuosidad, llamado Beelfegor. Un gran número se dejó engañar por estos atractivos, entregáronse con ellas á los impuros placeres, adoraron sus divinidades, y acabaron por hacerse iniciar en el culto del infame ídolo. Vemos, por este ejemplo, lo que era la idolatría. Ni Balac, ni Balaam, ni las hijas de Madian y de Moab, ni ménos aún los israelitas, ignoraban ó negaban el Dios verdadero y supremo; Balaam acababa de proclamar muy alto su poder soberano sobre todos los pueblos, su providencia sobre todos los siglos. Si se desprecia su culto, si se le prefiere á impuros ídolos, no es por ignorancia, es porque se ama alguna cosa más que á él: Balaam, el salario que su avaricia codiciaba; Balac, su temporal dominación, que creía amenazada, y la multitud, los festines y los placeres de la carne.

Dios dijo á Moisés que reuniese á los jueces del pueblo y les hiciese coger á los culpables en pleno día. Mas hé aquí que á la vista de Moisés y de toda la multitud de los hijos de Israel, que lloraba á la puerta del tabernáculo, un israelita conducía á la hija de un príncipe de Madian. Fineés, hijo de Eleazar, llevado de un santo celo, y, como la consecuencia lo indica, inspirado de lo alto, entró tras de él en la tienda de prostitución, y tras pasó de un solo golpe al fornicador y á su cómplice. Al punto una plaga que había muerto á veinticuatro mil hombres cesó; y el Eterno significó por medio de Moisés su satisfacción por el comportamiento de Fineés, porque había apartado su cólera de los hijos de Israel. «Mira, dijo Dios, que le doy la paz de mi alianza.» Y el soberano sacerdocio le fué prometido, tanto para él como para sus hijos, por los siglos (1).

Un tercer empadronamiento se hizo enton-

(1) Núms., 25.

ces de todos los que tenían veinte años y arriba, teniendo en cuenta que las tierras ya conquistadas y las que todavía estaban por conquistar, debían ser divididas proporcionalmente al número. Entre esta revista hecha por Moisés y Eleazar, y la anteriormente hecha por Moisés y Aaron, se encontraron diferencias notables.

La tribu de Ruben	presentó hombres, 43.730 en vez de 46.500
La tribu de Simeon..	22.200 » 59.300
La tribu de Gad.....	40.500 » 45.650
La tribu de Judá.....	76.500 » 74.600
La tribu de Issacar..	64.300 » 54.500
La tribu de Zabulon.	60.500 » 57.400
La tribu de Menassés	52.700 » 32.200
La tribu de Efraim..	32.500 » 40.500
La tribu de Benjamín	45.600 » 35.400
La tribu de Dan.....	64.400 » 62.700
La tribu de Aser.....	53.400 » 41.500
La tribu de Neftalí..	45.400 » 53.400

TOTAL..... 601.730 en vez de 603.500 (1)

Esta disminución de mil ochocientos veinte del número total, en lugar del aumento que podía esperarse, procede de que perecieron muchos á consecuencia de los castigos que Dios les envió en diversas revueltas. La mayor disminución se nota en la tribu de Simeon; es de treinta y siete mil ciento. Probable es que la mayor parte de este número pereció á causa de los crímenes que habían cometido con las hijas de los madianitas; pues el insolente que, á vista de Moisés y de todo Israel llorando, se le vió con una madianita, era de la tribu de Simeon. El más considerable aumento se ve en la tribu de Manassés; es de veinte mil hombres. Por último, en el nuevo censo total de seiscientos un mil setecientos treinta combatientes que pasaron revista en las llanuras de Moab, no había, exceptuando Caleb y Josué, ni uno de los que habían pasado revista en el desierto de Sinaí: todos habían muerto en la soledad, según la predicción del Eterno. Uno de ellos, Salfaad, de la tribu de Menassés, había dejado cinco hijas; fueron á pedir á Moisés si ellas tendrían heren-

(1) Núms., 26.



cia. Habiendo consultado Moisés al Señor, decidió que tuvieran la herencia de su padre como si todavía viviera, pero con la condición de que se casaran con hombres de su tribu para que su herencia no pasase á otra diferente (1).

Después de esta revista, mandó Dios á Moisés que marchase contra los madianitas, á fin de castigarlos por los lazos que habían tendido á los hijos de Israel para hacerles caer en la fornicación. Según la orden de Dios, mil hombres de cada tribu se pusieron en campaña, y Fineés, hijo del gran sacerdote Eleazar, les acompañó con las trompetas. Todos los varones de Madian fueron muertos, así como las mujeres, á excepción de las vírgenes y de las niñas. Se vengó en estas mujeres las seducciones que habían empleado para mover á los israelitas á fornicación y á idolatría. Entre los muertos se encontraron cinco reyes de Madian, y además Balaam, hijo de Beor, cuya pérdida sugestión había ocasionado tantos desastres. El botín subía á seiscientos setenta y cinco mil ovejas, setenta y dos mil bueyes, sesenta y un mil asnos y treinta y dos mil personas del sexo femenino que habían permanecido vírgenes. Se hicieron partes; una mitad se dió á los que habían peleado, y la otra mitad al resto del pueblo. De la parte de los combatientes se reservó, para la parte del Señor, el quinto; entre otras cosas, treinta y dos vírgenes que debían servir al tabernáculo como esclavas. De la parte del pueblo, se reservó igualmente el quinto para los levitas. En fin, habiendo notado los combatientes que no había perecido ninguno, ofrecieron también cada uno al Señor todo lo que habían encontrado de alhajas de oro en el botín; el peso ascendió á seis mil setecientos cincuenta siclos, que venían á ser un poco más de cincuenta y cinco kilogramos, novecientos ochenta y seis granos, peso decimal.

Hacia el fin del cuadragésimo año en que el pueblo de Israel viajaba por el desierto, y en el momento en que debía pasar el Jordan, el Eterno dijo á Moisés: «Sube á ese monte Abarim, y contempla desde allí la tierra que he de dar á

(1) Ibid., 27, 36.

los hijos de Israel. Y después que la hubieres visto, irás tú también á tu pueblo, como fué tu hermano Aaron; porque me ofendisteis en el desierto de Sin en la contradicción de la multitud, y no me quisisteis santificar á su vista sobre las aguas. Estas son las aguas de la contradicción en Cades del desierto de Sin.» Y Moisés respondió al Eterno: «Provea el Señor Dios de los espíritus de toda carne, un hombre que vele sobre esta multitud y pueda salir y entrar delante de ellos, y sacarlos ó introducirlos, para que el pueblo del Señor no sea como oveja sin pastor.» Y el Señor dijo á Moisés: «Toma á Josué, hijo de Nun, varón en quien hay espíritu, y pon tu mano sobre él; el cual comparecerá delante de Eleazar el sacerdote y de toda la multitud, y le darás órdenes en presencia de todos y una parte de tu gloria, á fin de que le oiga toda la Sinagoga de los hijos de Israel. Se presentará ante el gran sacerdote Eleazar y consultará por él el oráculo de Jehová. A la palabra de él saldrá y entrará Josué y todos los hijos de Israel con él, y el resto de la multitud.» Hízolo Moisés como lo había mandado el Señor. Y habiendo tomado á Josué, le presentó delante de Eleazar el sacerdote y de todo el concurso del pueblo. Y puestas las manos sobre su cabeza, repitió todas las cosas que había mandado el Señor.

Todo el poder procede de Dios, no sólo el del gran sacerdote, sino también el del jefe temporal de la nación; pero como aquí se ve, están de tal manera ordenadas por Dios, que la segunda debe arreglarse por la primera. Según los oráculos del pontífice deben conducirse, no solo el príncipe, sino la multitud que gobierna.

Antes de irse, Moisés habló á los hijos de Israel, como el Eterno le había mandado. Les recordó la conducta maravillosa de Dios á su vista, les explicó su ley, les hizo conocer sus nuevas órdenes y les exhortó á serle fieles. «No añadiréis nada, dijo, á lo que os ordeno, y no cercenareis nada, á fin de que guardéis los mandamientos del Señor vuestro Dios, que yo os prescribo. Les observareis y les guardareis; porque esta será vuestra sabiduría y vuestra inteligencia delante de los pueblos, para que oyendo todos estos preceptos, digan: Ved aquí